

cido. Tiene en ese momento, como el Pierre Loti niño, «presentimientos del porvenir, de encarnaciones futuras en los países de los ensueños, y esperanzas de maravillas de toda especie que el mundo y la vida me reservaban para más adelante, para cuando creciera, para cuando fuera mayor».

¡Cuán hermoso e inconmensurable es todo lo que le espera!

Allá muy lejos, en la profundidad del cielo hay una estrellita que escintila...

El ruido seco de los golpes de las muletas de su madre, desgarran como una espina el velo de fantasías que lo envuelve y las lágrimas amargan su boca.

Se frota los ojos y le parece que despierta de un sueño que salió de su vaso de perfume vacío...

* * *

Es el anochecer de una víspera de Navidad. Es una habitación construida en el mismo lugar en donde estuvo aquella sala en que hace unos cincuenta años, un niño enfermo y triste tenía la frente apoyada en los cristales de una ventana. ¿Recordáis? Aspiraba el aroma prisionero entre un vaso que contuvo una esencia preciosa, aroma que despertó en su ser el ansia de ser feliz, de ser héroe, de ser mártir, de amar infinitamente y de saberse amado infinitamente y que le hizo sentir lo inefable.

Ahora como entonces, la luna melancoliza la dureza de los tejados y entre el viento y la garúa palpita el anhelo de felicidad que hay en muchos corazones.

Y yo, Juan Silvestre, de rostro y corazón surcados de arrugas soy aquel muchacho lejano que entonces contaba diez años. Estoy solo, solo, con la frente apoyada, como en aquella noche de antaño, en los cristales de una ventana. Mi único compañero es un grillo que habita bajo el piso, cuya menuda voz inquieta el silencio que me rodea. A ratos me parece que la diminuta cantinela está dentro de mí; que mi corazón es el humilde solitario que entona este himno a la obscuridad, porque el dolor ha retorcido tanto y tan constantemente el copo de alegría que había en mi espíritu, que su canción quedó reducida a este hilo sutil de música.

Pienso en aquel niño que vivió y murió en mí. Al recordarlo me parece que soy el sepulcro de una florecita azul. A mis ojos de viejo, suben lágrimas por esta memoria que me es querida, como la de un muy querido amigo muerto.

Aquí está ante mí, con su cabeza infantil, mirándome con sus grandes ojos inocentes y sonriéndome con su sonrisa interrogadora.

El me dice:—Y bien, ¿qué has hecho de mis amores celestiales e inmensos? ¿Qué de la atmósfera resplandeciente y grandiosa entre la que se agitaban héroes y mártires? ¿Qué del mundo de lo inefable entrevisto en una noche de Navidad como ésta, al sentir el aroma encerrado en un vaso de perfume vacío que encontré abandonado en un rincón?

Yo le contesto: ¿No sabes? Tus grandes amores no descendían del cielo, sino que eran fuentes que brotaban del suelo, desaparecidas ya entre los misteriosos repliegues de mi ser, o que fueron agotadas por un sol despiadado. Hubo uno que saltó impetuoso, que por un instante me recordó aquellos soñados por tu fantasía sensual y pura, que logró inundar mi voluntad, el cual me parecía que no terminaría jamás. Pero éste también ha desaparecido. ¿Por qué grieta invisible que practicó el egoísmo herido se filtró del corazón? ¡Pobres amores que no eran estrellas, sino humildes margaritas de los campos que sacaban su alimento de la tierra y que no eran infinitos.

¿Y los hechos heroicos? Al acercarme, los gigantes eran molinos de viento que cumplían honradamente su tarea girando sus aspas en la dirección en que soplaba el viento; los ejércitos eran mansos rebaños que se atropelaban por correr ante rabadanes y

pastores de corazón grosero; los palacios, ventas en que comían y se refosilaban arrieros y rameras, damas y señores. (A veces por el traje los confundí).

Y cuando me salió al encuentro, como un ejército de hormigas, la multitud de detalles de la vida cotidiana, y cada uno de los pequeños seres negros me pinchó la carne o el ánimo, olvidé héroes y mártires y me lamenté como un cobarde! Ay! y pena me causa el confesártelo; en una ocasión en que pude sacrificarme y ponerme una ligera aureola de heroísmo, no supe ser fuerte ni negar al cuerpo una pilitra de placer.

De todo aquel ensueño, sólo resta la sensación de lo inefable, porque la esencia de la vida es inefable y porque la muerte es la esencia de lo inefable.

En el rostro del niño que me mira a través de tantos años, se apaga la sonrisa. Yo añado: «Muy pronto llegará la hora de volver al eterno polvo, y volveré a él sin haber comprendido el misterioso por qué de todas aquellas ilusiones de mi infancia, llevando conmigo del sentimiento de no sé qué patrias jamás encontradas, de no sé qué seres deseados ardientemente y jamás estrechados...» (1)

CARMEN LIRA

Consideraciones actuales sobre el desarrollo de los niños

EN tiempos pasados los niños eran vestidos como sus padres, porque éstos—descartando el tamaño—los consideraban sus iguales en cuerpo e inteligencia y así los presentaban como pequeños remedos suyos. Investigaciones modernas han probado, sin embargo, que hay muy marcadas diferencias entre los niños y los adultos en el cerebro, en el cuerpo y en aquellos órganos de los sentidos por medio de los cuales impresiones fisiológicas se convierten en sensaciones psicológicas. Vale la pena, por lo tanto, en estos momentos, considerar estas cosas en relación con las escuelas.

Somos deudores de un artículo publicado en el suplemento del *Chemiker Zeitung* (Berlín) por algunos datos interesantes de investigaciones recientes hechas en este campo.

Se ignora generalmente que la composición de los elementos químicos requeridos por el cuerpo del niño, es muy diferente de aquella que pide la de las personas mayores, y cuanto menor sea la edad del niño, mayor es la

diferencia. Así, el cuerpo de un niño recién nacido contiene 74,7% de agua, mientras que el del adulto contiene sólo 58,5%. Por otra parte, los huesos de aquél son más suaves porque contienen menos sustancias minerales.

En el curso del desarrollo del niño, el tamaño del corazón se hace 12 ó 13 veces más grande que el tamaño que tiene al nacer; el hígado 11 veces, los pulmones cerca de 20 veces y el cerebro llega a ser 4 veces mayor.

Es sorprendente el cambio en el porcentaje comparativo de las sales minerales en el cuerpo de un niño que está creciendo.

En los cartílagos, por ejemplo, la proporción es 2.24 por ciento a los seis meses de edad, 3.00 por ciento a los tres años y 7.29 por ciento a los diez y nueve años. Estas cifras explican por qué la facilidad y gracia de los movimientos deben ser alcanzados por la danza, el salto, la carrera y otros ejer-

(1) Pierre Loti.